

Bangkok

LAWRENCE OSBORNE

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ediciones 

Título original: *Bangkok days*
Copyright © Lawrence Osborne, 2009

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2018
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018
Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: abril de 2018

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Mercado flotante de Amphawa
© Nimon Thong-uthai | Dreamstime
Imagen de interior: Lawrence Osborne en Bangkok, 2016
Fotografía de Pasistha Kaewmak
Imagen de la solapa: © Chris Wise

ISBN: 978-84-17109-50-9
Depósito legal: B1662-2018
Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El escritor Lawrence Osborne en Bangkok,
ciudad donde reside, en 2016.

Para Chris y Sam:
muchas *fêtes*

NOTA DEL AUTOR

En Bangkok, los nombres de los establecimientos cambian tan rápidamente como en cualquier otro lugar. Por norma general, he conservado los nombres del pasado siempre que lo he considerado oportuno, aunque muchos de esos establecimientos hayan desaparecido. Sin embargo, he cambiado todos los nombres propios para preservar la intimidad.

Huelga decir que esta obra no es un estudio de la cultura tailandesa y que todos los errores de interpretación son míos.

Todo deseo es sufrimiento.

Proverbio budista

Hace algunos años viví en un barrio llamado Wang Lang. Desde donde me encuentro ahora, contemplando los trenes que cruzan Manhattan por el puente de Brooklyn, aquel balcón de Bangkok con vistas al río se me aparece como un pedazo de paraíso perdido para siempre, desmontado y almacenado en un recóndito rincón de mi mente, condenado a pudrirse. A esta misma hora en que Nueva York parece estar saturada de un dramatismo amenazador y de colores artificiales, el río Chao Phraya está repleto de monjes afables que pasean en taxis acuáticos. Las dos ciudades no podrían ser más distintas. Allí, el crepúsculo es de color azafrán. El río ofrece paz. Los monjes desembarcaban en el muelle de Wang Lang con sus sombrillas y sus tradicionales rosarios *mala* de ciento ocho cuentas, que corresponden a las ciento ocho pasiones del hombre enumeradas por Avalokiteshvara. Reparaban en el *farang* que se tomaba un gin-tonic en el balcón y le dirigían una mirada divertida y distante, como preguntándose: «¿Es eso

un hombre solo?». La mirada de Buda cuando brinda protección con su mano izquierda levantada, *abhaya*.

Allí prefería la noche. Los días resultaban demasiado calurosos y a mí sólo me gusta el calor sin sol. Era un caminante nocturno. Se trataba de una soledad elegida y calculada: recorría las calles hasta altas horas de la madrugada, merodeando como un mapache. Acabó gustándome el olor a albahaca seca y humo de marihuana que Bangkok parecía expulsar por unas narices invisibles; me gustaban las chicas que se cruzaban conmigo en la oscuridad, diciéndome «¿*Bai nai?*» como si las palabras fuesen monedas lanzadas al aire en un bar. Me gustaba la feroz decadencia de la ciudad.

Me despertaba de la siesta en una pequeña habitación blanca del complejo de apartamentos Primrose. Apenas tenía nada: un Buda barato del mercado de Chatuchak, un anaquel. Y también una alfombra de la India. La vida es simple cuando estás sin blanca. Me preparaba un gin-tonic en el balcón y saludaba a los monjes. Mis días estaban deliberadamente vacíos, no tenía trabajo y me había dado a la fuga. «*On the lam*», como decían los antiguos gánsteres americanos. Según mi diccionario Webster's, *lam* significa «huida precipitada». Sí, había salido huyendo por piernas. Era un fugitivo.

Al otro lado del pasillo vivía un inglés llamado McGinnis. No sabía si se trataba de un nombre real o ficticio. Se percibía en él cierta afectación de clase alta, un físico huesudo, desprovisto de músculo, e iba vestido con ese lino blanco pasado de moda desde hacía lustros. McGinnis vendía aparatos de aire acondicionado en centros de convenciones y hoteles de Bangkok, un próspero negocio en aquella ciudad sofocante, y decía que en sus ratos libres se dedicaba a recopilar una guía de bares para enriquecer las vidas ajenas. A esa hora parecía un gato sucio, sentado

en su balcón, mientras bebía despacio una cerveza Singha combinada con algún licor de frutas y comía aceitunas. Me miraba y sonreía, como si acariciase un gato además de serlo. Al otro lado se alojaba un español llamado Helix. Helix, no Félix. O, al menos, eso creía haber oído. Helix el artista, que pintaba frescos en los bares de esos mismos centros de convenciones y hoteles. Ambos representaban un ejemplo paradigmático del tipo de hombre profundo y con talento que se puede encontrar en Bangkok.

Había más. En la planta baja vivía otro extranjero, un escocés mayor llamado Farlo que regentaba un hostel rústico para tipos aventureros que había construido él mismo, en Camboya. Era de Dundee, había sido paracaidista del ejército británico y llevaba la boina ladeada. Su cabeza albergaba un pedazo de metralla de la guerra de Angola. Metralla cubana. No convenía cruzarse con él en el pasillo de noche, cuando iba borracho. Te agarraba del brazo y decía: «Hora de cascársela, hijo».

Todas las noches, a las seis, cuando salía a la calle perfumado por una ducha fría, me sentía como John Wilmot, el conde de Rochester. Las puertas de los apartamentos Primrose se abrían directamente a la calle, como uno de esos ascensores que conducen directamente al ático.

Wang Lang es un barrio caótico en una ciudad caótica. Su calle principal es tan estrecha que al caminar por ella ambos lados de los edificios te rozan la cadera. Mientras avanzaba entre las cocinas abiertas al exterior empapado en sudor, los niños me seguían entre burlas de «¡*Yak farang, yak farang!*» (gigante extranjero). Yo era el humano más alto de los alrededores, todo un fenómeno o quizá algo peor: un accidente genético irreversible.

Sin embargo, se trataba de un lugar hospitalario para un hombre que no ha hecho nada en la vida, y que probablemente nunca lo hará. Para alguien sin una carrera pro-

fesional, sin un porvenir y en un estado de ruina permanente, resultaba el refugio perfecto. Los huevos dorados y las bolas de té oolong apenas costaban nada. Podías ir probando exquisiteces desconocidas y siempre te quedaba dinero en el bolsillo. En otras palabras, era perfecto para un vago redomado, y el hábitat natural de un fugitivo sin otra finalidad en la vida que holgazanear y vagar sin rumbo, porque sí. Un hombre convertido en rumiante, una cabra.

En Wang Lang perfeccioné el estilo tailandés, llamado *khong kin len*, de comer a la carrera, y que consiste en amontonar diferentes ingredientes en una hoja de banano mientras uno avanza a buen paso y va pensando al mismo tiempo, sin perder nunca el equilibrio. Las calles no tienen salida, por lo que es absurdo tomar una dirección determinada. Todas terminan en pequeños teatros y cafés junto al agua.

Así que me dedicaba a caminar arriba y abajo, comiendo huevos dorados y trocitos de calamar seco. Al anochecer, cuando el aire se tornaba ceniciento y mi nariz percibía un olor indefinible, el aroma acre de las *prik kee noo* (literalmente, guindillas «caca de ratón») tostándose en aceite caliente y salsa de tamarindo, empezaba a hundirme como una piedra en mi propio pozo. La ciudad no es más que un protocolo para esta caída. Porque Bangkok es donde se refugian algunas personas cuando sienten que ya nadie las puede amar, cuando se rinden.

También era el caso de los otros inquilinos. Sin blanca, decepcionados, rechazados, habían huido a Oriente. Mis primeras noches en Wang Lang jugué con ellos al ajedrez en la sala comunitaria, pues me intrigaban sus rostros bronceados y aturdidos. Mi preferido era McGinnis. Se trataba de un hombre sin pasado, un personaje de una novela de Simenon que un día sale de su casa, sube a un

tren y mata a alguien en una ciudad remota y desconocida. Era de Newhaven. «En Newhaven sólo hay fortificaciones costeras», decía McGinnis, con la expresión de un matón apacible que acaba de derribar una cometa inofensiva de un certero disparo. «¿Fortificaciones costeras? Eso ya es mucho», pensaba yo. Llevaba la cabeza rapada como un soldado, igual que Farlo, pero no se le parecía en nada más, con ese cuerpo enjuto y alargado. Era ingeniero, licenciado en climatización. Resulta que uno puede sacarse una licenciatura en eso. Él obtuvo la suya en Sheffield.

McGinnis medía dos metros. Destacaba en las puertas, los vestíbulos de hotel y a la luz de las farolas. Tenía algo siniestro, y a mí me encantan los hombres siniestros. Un hombre siniestro no se limita a andar por la calle, sino que se desliza por ella como un magnífico engranaje. Un hombre siniestro no puede ser simpático, pero sí una buena compañía. Pese a su vínculo con la ciencia de la climatización, McGinnis era también sutilmente aristocrático y refinado, aunque se limitara a vender máquinas de aire acondicionado fabricadas en serie. A él no le importaba. Hay aristócratas de espíritu que llevan vidas prosaicas. Todo en McGinnis era felizmente autosuficiente, completo. ¿Sería eso lo que lo hacía siniestro?

Aquellas navidades hacía más calor de lo habitual. En los supermercados, coros de muchachas ataviadas con vestidos de terciopelo rojo y gorros peludos agitaban sus campanas de latón y cantaban «Noche de paz» y «Jingle Bells». Los bares de tofu tenían acebos de plástico en las barras, y eslóganes navideños colgaban de los humeantes rascacielos de la ciudad budista. No corría la menor brisa y nuestro río pasaba ante el Primrose sucio y revuelto, como si un bebé hubiese vomitado en una crema de guisantes. Ristras de algas espesaban su superficie y en la otra orilla los templos se alzaban como inmensas estalagmitas o le-

gumbres de vainas hirsutas. Somerset Maugham, uno de los pocos escritores occidentales que han descrito en detalle la ciudad de Bangkok, dice que deberíamos agradecer que «exista algo tan fantástico».

Cuando por la mañana tomaba café en el balcón y aspiraba el hedor a gasolina y fango procedente del río, algo se agitaba dentro de mí. Como si una hoja seca de mi suelo interno revoloteara con un ligero roce, como un hormigueo de materia muerta que regresa a la vida. Como un cosquilleo en las tripas. Contemplaba las barcazas de arroz que se dirigían al puerto de Klong Toey, a los monjes parlanchines que navegaban con sus sombrillas y sus maletines entre esos mismos templos que salpicaban el río. Detrás asomaban las cuatro torres doradas del Palacio Real y, más lejos, Wat Arun resplandecía por el reflejo de millones de fragmentos de cristal, las teselas de cerámica y la melosa ornamentación concebida hacía dos siglos y medio por artesanos italianos. Las barcazas transportaban monjes y colegiales vestidos con *blazers* azul marino, y los timoneles soplaban unos ensordecedores silbatos mientras se acercaban al embarcadero. Entonces los neumáticos que protegían el casco de la barca golpeaban la madera podrida con un sonido delicioso, al menos para los oídos de un inglés: *fuck*.

Desde allí veía a McGinnis, en su balcón vestido con un mono, practicando yoga, el cuerpo estirado al máximo y un hilillo de música jemer colándose por las puertas correderas. Era imposible evitar a los otros inquilinos del Primrose porque la falta de espacio nos obligaba a relacionarnos. Sin cambiar su postura de yoga, McGinnis me gritó con su acento de curtido exiliado:

—He oído que un español se instaló aquí por las mismas fechas que tú. Dice que se llama Helix. No Félix, sino *Helix*. Y soltó una risotada desdeñosa.

Poco después McGinnis decidió llevarme río abajo, al hotel Oriental, en un taxi acuático. Para estas excursiones fluviales se vestía con sombrero de paja y unos zapatos Loake bicolor con punteras de acero. El look *Muerte en Venecia*. Hablaba con las colegialas en un tailandés abominable y lascivo. El hotel tenía un embarcadero propio y allí nos apeamos con todos los turistas gordos.

—No entiendo eso de que no tengas un salario y demás —me confesó McGinnis.

A veces nos sinceramos ante alguien que acabamos de conocer. Por lo visto, tengo facilidad para que eso me suceda. Al principio vine a Bangkok para ir al dentista, le dije, pues no podía permitírmelo en Nueva York. Así de fácil. Aquí, catorce empastes y una endodoncia me habían costado 450 dólares, que era una parte irrisoria de mi póliza anual. Incluso con el billete de avión y un mes de alquiler en el Primrose, me salía a cuenta. En realidad, la razón fundamental de mi estancia en la ciudad era económica. El dinero regía mi exilio temporal, porque los números no dejaban lugar a dudas: Occidente era demasiado caro. Con el tiempo, iba haciéndome a la idea de que tendría que encontrar un lugar similar a éste como asentamiento permanente. En Tailandia casi siempre tenía fondos.

—¿Es eso lo que dices? ¿Tener fondos?

Se echó a reír.

—¿Te has arreglado la dentadura esta vez? —me preguntó.

—Estoy esperando un cheque.

—¡Vaya, estás esperando un cheque!

McGinnis me llevó al Bamboo Bar. Sacó un juguete mecánico y lo depositó en la barra. Era una rana arborícola brasileña de madera, y si apretabas un botón, éste accionaba un muelle y la rana empezaba a dar saltos.

—Tarde o temprano, siempre termina por acercarse una mujer preciosa para preguntar qué es esa rana. Y entonces se lo digo.

—¿Y qué es?

—Te lo diré después.

La decoración del Bamboo se compone de ratán y muebles lacados, pues últimamente el término «colonial» no tiene más que connotaciones positivas en Asia y todo lo colonial se considera elegante y bonito. Se trata del bar más turístico de la ciudad, tan turístico que hasta parece una parodia de sí mismo, y, por tanto, es también el más colonial. Pero como todo es turístico, ¿por qué no ir en busca de su expresión máxima y disfrutarla?

Cuando iba al Bamboo con McGinnis siempre se organizaba un revuelo: todos se acercaban para besarlo, me estrechaban la mano y se presentaban como exponentes de los cuatro sectores profesionales que dominan Bangkok: moda, diseño, finanzas y alimentación. No obstante, cuando iba por mi cuenta, el local parecía desierto, y me entretenía mirando a las mujeres *farang* que hacían largos en la piscina.

Cuando estaba solo deambulaba por el hotel. Un cuarteto de cuerda tocaba en un vestíbulo concurrido, aunque sin la menor animación: demasiados clientes ricos que corrían apresurados de aquí para allá, demasiados botones, demasiadas matronas japonesas jugando a las cartas con guantes blancos.

Un día me aventuré a recorrer los pasillos del interior del hotel, donde los arroyos borbotaban sobre lechos de guijarros ante los escaparates de Burberry. En el «Ala de los Escritores» había un atrio blanco y una escalera que conducía a las suites bautizadas con los nombres de los mismos escritores que tienen todas las suites de los hoteles asiáticos: Conrad, Maugham, Agatha Christie.

Aún no tenían una suite Jeffrey Archer, pero en la biblioteca había un retrato del gran novelista como lord Weston-super-Mare. Me senté junto al antiguo reloj de pared y leí *Un turista en África* de Evelyn Waugh. «Nadie hizo jamás un sirviente de un masái», escribió Waugh de su viaje a Kenia en 1959. Es una frase misteriosa. Andar por andar, la actividad más aleatoria que existe, nos recuerda por qué los masái no pueden ser sirvientes: son nómadas.

McGinnis detuvo a su rana saltarina y dijo:

—Mucho antes de que llegaras aquí yo estaba en la misma situación. Quería un sitio donde poder deambular sin que nada tuviese sentido. Las ciudades europeas me resultaban demasiado familiares. Las ciudades norteamericanas se parecían demasiado a las europeas. Quería una ciudad sin calles. Un guión que no pudiese leer. Puro olvido.

Me dijo que hacía poco había oído unos ruidos curiosos en el apartamento del español. Cuando apagó la radio y bajó a investigar, comprendió que aquel hombre estaba repitiendo la misma palabra, sin cesar. Casi a gritos.

—Gritaba «¡Mierda, mierda!».¹

—¿Y qué crees que pasaba?

McGinnis se había acercado a la ventana del español, que no tenía persianas ni cortinas. Podía ver todo lo que pasaba en la habitación.

—Estaba en calzoncillos delante de un lienzo enorme untado de cola. Sostenía una paloma muerta en la mano, y parecía a punto de arrojarla al lienzo. Observé que había otras palomas pegadas a la superficie del cuadro. Supuse que las había recogido de las calles cercanas, que, como habrás notado, están infestadas de todo tipo de pájaros muertos. Palomas, guacamayos, cuervos. Hasta he visto algún

1. En español en el original.

que otro loro. En fin, que el español ha decidido convertir la vida cotidiana en arte.

—¿No es ésa la definición de *mierda*?

—Sí. Aunque sería mejor no hacer nada de nada. Y limitarse a andar.

—Yo suelo pasear de noche —le recordé—. Voy a todas partes.

—Seguro que no has estado en el Woodlands Inn.

Cuando un extranjero se traslada a una ciudad de la que no sabe nada, se enorgullece de adquirir un conocimiento esotérico de sus rincones ocultos. Cree que es el único que conoce cierto bar diminuto o un mango ancestral oculto en un canal, detrás de tal o cual lavandería. ¿Por qué le importan tanto esas cosas? ¿De verdad se cree el único que las ha visto?

Junto al Oriental se encuentra la calle más antigua de Bangkok, Charung Krung, que, cómo no, significa «Calle Nueva» en tailandés. Antes era una pista de elefantes que discurría paralela al río, pero para McGinnis se transformaba en una cucaña horizontal por la que podía deslizarse después de beber veinte copas en el Bamboo Bar. No había putas ni salones de masaje, pero sí un motel de mala muerte frecuentado por médicos indios donde podíamos conseguir brandy camboyano, y que además tenía una mesa de ping-pong.

Woodlands Inn, sito en Charung Soi 32, tenía habitaciones por 300 bahts la hora y un restaurante indio lleno de buscones de mirada vacua. El local olía a condones y mantequilla india. ¿Y quién, me pregunté, dirigía la Dr. Manoj Clinic y la Memon Clinic de al lado, todas esas lóbregas clínicas de abortos que compartían patio con el Woodlands? ¿Quién usaba este rincón de una ciudad de diez millones de habitantes? Todos los indios jugaban al backgammon. No había brandy camboyano.

—¡Pero si yo bebí la última vez! —gritó el inglés.

—No existir. Whisky indio Royal Stag es lo que tener.

Empezó a sonar una triste melodía de Calcuta, y los ancianos cantaron con ojos húmedos de solista melódico. Lo suyo era un estado de ánimo. Nos sentamos fuera, en un banco, rodeados por la hueca música de las cigarras que colgaban de los cables telefónicos, y McGinnis dijo:

—Esos cables... ¿Has observado las marañas que hay en todas las calles? La compañía telefónica no reemplaza ni retira los cables que ya no funcionan. Simplemente va añadiendo nuevos, ad náuseam. Llegará un momento en que los cables se apoderarán de la ciudad. Es como una forma de vida, posiblemente predatoria.

En la esquina de Charung Krung, los cables formaban marañas ancestrales que empezaban a pender hasta la altura de la cabeza, como si de una proliferación de glicina metálica se tratara. La exasperante topografía de la ciudad no tiene nada de racional, no es europea, nada en ella resulta comprensible. Cerca de la soi 32 —soi significa «calle pequeña»—, los carteles de los joyeros y anticuarios chinos, Yoo Lim y Thong Thai, se achicharraban bajo los cables, y luego había puntos de referencia que mi mirada había aprendido a distinguir tras verlos un par de veces: el esbelto edificio neoclásico de ennegrecidos capiteles corintios, sede de la compañía Express Light, o el resplandeciente rótulo de A. A. Philatelic. Pero a simple vista todo resultaba indistinguible.

McGinnis se levantó. Su inmenso tamaño hizo que los indios guardaran silencio. Hacía tanto calor que le brillaba la cara de sudor, y el pelo se le había pegado en mechones grasientos. Su traje Gulati estaba arrugado, me dijo que quería enseñarme algo hermoso:

—Algo hermoso en una ciudad fea.